

«pos»—posmodernos, poscoloniales, posfeministas— de autoras como Donna Haraway, Teresa de Lauretis, Eve Kosofsky Sedgwick, Audre Lorde, Gayatri Chakravorty Spivak, Hélène Cixous, Julia Kristeva o Judith Butler.

La reacción patriarcal —desde la extrema derecha en un clima de «cruzada» moral contra el feminismo— pone en evidencia y señala, en su propósito de (re)esencialización de los sexos y de los géneros, que las mujeres son permanentemente una «pesadilla» para el sujeto moderno, porque lo redefinen y cuestionan constantemente, lo interpretan y lo interpelan. Del mismo modo, señala Langle de Paz, el feminismo, con sus brotes rebeldes siempre latentes, con sus brechas consustanciales a la búsqueda de un cierre de ese sujeto moderno, es siempre el «enemigo en casa» de cualquier sociedad patriarcal y de cualquier Estado moderno, por muy moderno y equitativo que se declare. De ahí que se inventen constantes formas de control y de poder para contener al sujeto femenino y que se le otorgue, en el mejor de los casos, el estatus limitado de la ciudadanía.

El objetivo de Ana de Miguel es señalar algunos de los mitos en que se apoya la contrarreforma patriarcal, que trata de hacer pensar que todo lo que les sucede a las mujeres es culpa de las mujeres, ya sea de su «libertad de elección» o del propio «feminismo» o de un engendro peor como es «la ideo-

logía de género», ideología agrupada bajo el rótulo «el timo de la igualdad» o «lo que el feminismo ha hecho por ti». En contra de esta reacción patriarcal, que denuncia que el feminismo da una imagen «victimista» de las mujeres de los países patriarcales, solo hay, indica Ana de Miguel, una respuesta posible: «[...] infórmate, estudia, siéntate, piensa, y conceptualiza bien la realidad». Conceptualización necesaria para desesencializar la feminidad e irracionalizar la visión establecida —patriarcal— de la realidad, al tiempo que evidencia la injusticia relativa a la desigualdad más antigua y universal, la de la diferencia sexual, que es una violación de la norma de igualdad de recursos. Pretexto para generar universos simbólicos y sistemas de construcción social de la realidad basados en binarismos y dicotomizaciones de sexo, género y sexualidad.

El feminismo de la igualdad muestra un profundo desacuerdo con el feminismo «pos», el cual, en la necesidad de destruir las identidades estables en beneficio de identidades nómadas, mantiene que ser una mujer es una performance, un lugar que está a la vez marcado y liberado por la diferencia sexual. Esta diferencia es el lugar, para el feminismo «pos», del origen, de la rebelión, de las explosiones e implosiones invisibles, singulares, más libres, pero reales y transformadoras de las sociedades y de las culturas patriarcales. Un feminismo que demanda el

reconocimiento de la desigualdad existencial —relacionada con la desigualdad personal de autonomía, dignidad, grados de libertad y de derecho al respeto y al desarrollo personal—, que impone la diferencia de género y aboga por su extinción al impedir a las mujeres desarrollar plenamente su capacidad para funcionar plenamente como un ser humano en el mundo de manera igualitaria (Fraser y Honneth, 2003).

En contra, para el feminismo de la igualdad, ser una mujer es una posición subordinada dentro de un sistema jerárquico de poder. Un sistema de desigualdad que impide a las mujeres disponer de recursos similares a los de los hombres para desenvolverse. Un sistema de redistribución desigual de recursos que constituye un sistema de dominación masculino definido como patriarcado, es decir, un orden social androcéntrico que legitima la distribución desigual reduciendo y simplificando la realidad en pares contrapuestos (masculino/femenino, público/privado, razón/sentimientos, Norte/Sur, trabajo remunerado/trabajo no remunerado, heterosexualidad/homosexualidad), que para la subjetividad patriarcal se solapa con el orden normal y natural de las cosas.

Un orden que simplifica la complejidad de la realidad en dos mundos y en el que el advenimiento de la mujer sujeto —«la emancipación femenina», la fuerza imparabile de la experiencia de género, la «emoción feminista» trans-

formada en subjetividad feminista (Langle de Paz)— no ha logrado anular esta dicotomía no equitativa, sino que siempre da más valor a un lado que a otro: lo masculino, la razón, el espacio público, el trabajo remunerado, el Norte y la norma heterosexual.

Bajo este orden dicotómico, los mecanismos de diferenciación social de los sexos, de división social de los sexos, se ven continuamente recompuestos, reactualizados bajo nuevos rasgos. En este sentido, la ideología neoliberal, «la teoría de la libre elección y el consentimiento», resulta ser el medio más eficaz para la continuidad de los roles sexuales, para la invariación de lo femenino y de lo masculino, para la persistencia de la división social masculino/femenino. Esta defensa de la libertad de elección, concluye Ana de Miguel, se ha convertido en un elemento muy importante de la desvirtuación del discurso feminista. Se apela a la libre elección como si esta fuera el fundamento del feminismo, y se resta valor al análisis de una estructura social generizada y patriarcal que actúa determinando de forma coactiva las elecciones de las personas. En contra de la teoría neoliberal de la libre elección, de la preferencia individual, la teoría feminista de la igualdad es una teoría crítica del poder patriarcal, de la dominación masculina, de los mecanismos sociales —«ideologías sexuales, normas sexuales, estereotipos»— que contribuyen al

mantenimiento de la desigualdad sexual, de la diferencia sexual.

El libro de Ana de Miguel se divide en tres partes. En la primera, «Donde estamos», se analizan los problemas y desafíos del presente, las características de los llamados «patriarcados del consentimiento» y lo que subyace a lo que nuestra sociedad denomina «educar en igualdad», abordando de forma específica los temas del amor, el sexo y la prostitución. Respecto al llamado «patriarcado del sentimiento», Ana de Miguel aporta dos argumentos que no pueden dejar de ser parte del análisis. En primer lugar, es algo ya muy sabido que ningún sistema de dominación se mantiene sin la complicidad de los sometidos. Cuando las feministas de la década de 1960 boicoteaban la elección de miss America e introducían una oveja en el desfile, hacían patente la mercantilización de los cuerpos de las mujeres. Pero claro que sabían que las candidatas a miss se presentaban voluntariamente. Lo que no se le ocurría a nadie, menos a las feministas, era mantener que el concurso empoderaba a las mujeres. Pues esto es, exactamente, lo que hace hoy día una parte del feminismo. Y aquí viene el segundo argumento. Hoy, especialmente cuando hay sexo de por medio, se trata de imponer la idea de que toda acción es feminista con tal de que sea fruto de la decisión individual de una mujer. Y si ganas dinero con tal acción, ya es superfeminista. Algunas artistas que

ganan mucho dinero por desnudarse o contar su vida sexual desempeñan un papel importante en la legitimación de esta nueva normativa sexual. Pero algo tiene que estar claro: que una mujer gane dinero con lo que hace, sea heterosexual, lesbiana o transexual, no hace de ello un acto ni subversivo ni feminista. El problema, para Ana de Miguel, «reside en que en el posfeminismo y el enfoque queer el concepto de elección se ha convertido en el tema central de las argumentaciones, y a menudo en su punto final. Yo lo he elegido, no hay problema. Esta tesis, en realidad, procede del liberalismo económico y del liberalismo sexual».

En la segunda parte, «De dónde venimos», se vuelve la mirada hacia atrás, al no ser posible comprender las relaciones actuales entre hombres y mujeres sin conocer la historia de la que procedemos. De hecho, el feminismo continúa moviéndose entre el desconocimiento y la descalificación. Una de las razones es el desconocimiento de su historia. La enseñanza oficial evita indagar en las razones que se han esgrimido para mantener a las mujeres en la perpetua minoría de edad, en la dependencia económica y emocional de los hombres. Tampoco se estudia cómo se organizaron las mujeres para luchar por sus derechos, el rechazo generalizado de casi todos los partidos políticos e intelectuales. Más bien se silencia. La desigualdad actual también se alimenta del desconocimiento

del pasado. Es importante que sepamos «de dónde venimos, cómo hemos compartido todas, a pesar de nuestra diversidad, una historia de opresión».

Conocer esta historia, conocer la tradición feminista, es lo que nos lleva a sostener, afirma Ana de Miguel, que no cualquier posición puede calificarse de feminista: que estar contra la ley del aborto no es ni puede ser feminista. Reconocer el feminismo «como una tradición de pensamiento y acción nos puede llevar a señalar como opresivo lo que, hoy como ayer, se ha querido hacer pasar como fruto de la libre elección de las mujeres. Nunca nos cansaremos de repetir que, si los mujeres no sabemos de dónde venimos, difícilmente podremos hacer un análisis certero de las características del patriarcado actual, basado en el consentimiento».

En la tercera parte se efectúa una reflexión sobre las propuestas de futuro: hacia dónde queremos ir y cómo hacerlo. En este sentido, el feminismo de la igualdad, feminismo desde el que escribe Ana de Miguel, tiene un rumbo claro y formula la necesidad de una alianza fuerte y consistente con todas las personas que se oponen al neoliberalismo y la conversión del ser humano en mercancía. Una alianza que asume que la diversidad de planteamientos no puede identificarse con el «todo vale» del posfeminismo, y que opta decididamente por contar con los hombres en la lucha por la igualdad de género, y que comparten la denuncia de la iden-

tificación del sujeto político con los varones y la exclusión de las mujeres bajo la aparente universalidad de las proclamas revolucionarias y democráticas. De hecho, tras la incorporación de las mujeres al mundo académico y como sujetos de investigación, la constatación del androcentrismo del sujeto y el proyecto ilustrado se convirtió en un clamor. Además, las mujeres descubrieron «que su exclusión no había sido un error ni una aberración, sino que era prácticamente el fundamento material y simbólico de la constitución del espacio público. La ciudadanía moderna y el trabajo asalariado estaban diseñados para unos varones exentos de 'los cuidados'. Tal y como se pasó a afirmar como una letanía, el sujeto moderno era blanco, de clase media y heterosexual».

Para matizar esta valoración positiva, conviene realizar ciertas afirmaciones críticas al libro de Ana de Miguel. Concretamente, la dificultad que tiene el feminismo de la igualdad de efectuar una crítica radical a los universos simbólicos heterocéntricos y de cruzar el conflicto de género con los demás conflictos de edad, de clase, de etnia y de orientación sexual. Cruzamiento y crítica radical que caracterizan al feminismo «pos», feminismo para el que no «todo vale», sino que, partiendo de un concepto de poder no centralizado sino ramificado y difuso —porque los centros de producción discursiva son incontables y no respetan clases ni gé-

neros, privilegios ni jerarquías—, plantea la identidad femenina, dada la multidimensionalidad de los mecanismos de dominación, no como una esencia unidimensional sino, más bien, un abanico de posibilidades abiertas en todas las direcciones que se entrecruzan a voluntad. Desde esta óptica, incorporar el estudio de la masculinidad, de la construcción de género de los sujetos varones, permite visionar la masculinidad como algo relativo a un conjunto de valores y referentes identitarios que permite a unos hombres juzgar a los otros y construirse en contraste con estas alteridades. Las variables de clase, étnicas y de orientación sexual dibujan, así, un complejo panorama en el que la diversidad se impone sobre cualquier concepción simplificadora de una masculinidad homogénea. Esta idea, señala Aresti (2010), llevó a Connell a acuñar el concepto de masculinidad hegemónica, definida como concepción dominante en cada sociedad y momento histórico, un ideal normativo que inspira o sirve de referente a la mayoría y estigmatiza otras formas de ser un hombre. Como dice Braidotti, el sujeto es un proceso hecho de constantes fluctuaciones y negociaciones entre diferentes niveles de poder y deseo, que es lo mismo que decir entre elecciones conscientes o impulsos inconscientes. Sea cual sea la impresión de unidad que hay tras esto, no se debe a una esencia concedida por Dios, sino a una coreografía ficcional de muchos niveles

que convergen en un «yo» operacional. Esto implica que lo que sostiene todo el proceso de llegar-a-ser-un-sujeto es el deseo de saber, el deseo de decir, el deseo de hablar; es un deseo fundacional, originario, vital y necesario, y por ello único, de llegar a ser.

Este pluralismo de múltiples identidades cruzadas (un baile de disfraces, una caja de herramientas, un repertorio de personajes, según Gil Calvo o Soley-Beltran) se relaciona explícitamente con la imagen del híbrido mestizo, según el ejemplo del cibernético de Haraway, o con la mascarada teatral, como en la performance de Butler. Pero paralelamente, conforme la identidad femenina se emancipa de su sumisión bilateral al patriarcado para hacerse más polifacética y multilateral, también le sucede lo mismo a la identidad masculina, que deja de entenderse como heterónoma (en cuanto determinada por su capacidad de someter a las mujeres, lo que obligaba a definirla por la primacía heterosexual) para pasar a ser vista a la vez como multilateral y autónoma. Multilateral porque la antaño cerrada, impenetrable y monolítica identidad masculina se abre a un nuevo politeísmo de masculinidades heterogéneas, divergentes y contradictorias entre sí. Y autónoma porque estas masculinidades pasan a definirse por sus propias relaciones internas de poder, amistad o rivalidad (incluyendo homosexualidad, intersexualidad y transexualidad), en vez de hacerlo como antes por las

relaciones heterosexuales de dominio sobre las mujeres. Como afirma Vélez-Pelligrini apoyándose en Simone de Beauvoir, el hombre no nace, sino que se hace, no siendo el eterno héroe viril otra cosa que el propio espejo de una feminidad históricamente construida.

## Bibliografía

- ARESTI, Nerea (2010). *Masculinidades en tela de juicio*. Madrid: Cátedra.
- BRAIDOTTI, Rossi (2002). *Metamorphosis. Towards a Materialist Theory of Becoming*. Oxford: Polity.
- FRASER, Nancy y HONNETH, Axel (2003). *Redistribution or recognition*. Londres: Verso.
- Gil Calvo, Enrique (2006). *Máscaras masculinas: héroes, patriarcas y monstruos*. Barcelona: Anagrama.
- LANGLE DE PAZ, Teresa (2010). *La rebelión sigilosa. El poder transformador de la emoción feminista*. Barcelona: Icaria.
- SOLEY-BELTRÁN, Patricia (2014). *Transexualidad y la matriz heterosexual: Un estudio crítico de Judith Butler*. Barcelona: Bellaterra.
- VÉLEZ-PELLIGRINI, Laurentino (2011). *Sujetos de un contra-discurso*. Barcelona: Bellaterra.

Ignasi BRUNET